

SENTIDO DEL MUSEO DE TRADICIONES Y ARTES POPULARES DE LA REGION MURCIANA (*) (MUSEO ETNOLOGICO DE LA HUERTA)

Por Fulgencio Saura MIRA

«Cuatro hermosos jarros húmedos y goteantes, cuya agua cristalina rezuma por los poros del barro verdoso y limpio como cálices de Altar».

(Las Caracolas de Jara Carrillo)

SUMARIO. — 1. — El origen y su transformación. 2. — Elementos que integran el Museo y su significado en el entorno etnológico huertano: La vida agrícola, el medio hábitat, la barraca, el barracón, otros habitáculos, que desaparecen. Usos y costumbres en materia de riegos, el derecho agrícola murciano y desenvolvimiento. En materia de juegos y tradiciones festivas. Desaparición. 3. — Presencia y ausencia del huertano: el monumento. Nostalgias de un pasado.

(*) Texto íntegro de la conferencia dada en Alcantarilla con motivo de la Exaltación de la Huerta, en el Hogar del Pensionista por el autor, el pasado mes de marzo.

Es importante el momento en que tomo contacto con mis mayores, de los que tengo más que aprender que ellos de mi persona, que desde luego queda corta en sabiduría, que por otro lado nunca tiene sosiego y como señala Séneca, ni aún en la vejez se tiene serenidad en ello, pues el ansia de sabiduría integra la única verdad en filosofía y el joven y el viejo se equiparan a igual rango en este menester.

Me entusiasma el sentido de estas charlas o conferencias con motivo de la exaltación de la huerta, porque, al fin y al cabo, con ello damos rienda suelta a nuestro corazón y cabe adiestrarse en semblanzas de la tierra que amamos y la que nos acoge siempre con gratificación suma.

Para mí la huerta es el alma del paisaje que nos circunda. Ahora en que la ciudad en sus ensanches amorfos y en mancha de aceite, toma en una invasión berberisca, parte de ese rostro que fundamenta el espacio urbano, con desconsideración de un uso racional del mismo en previsión de futuro, donde el humano pueda vivir en mejores condiciones.

Pero es un hecho latente el de la constante urbanización, con menoscabo de la ruralización y nos situamos en la fase neotécnica a la que alude Lewis Mumford, donde vivimos dominados por la técnica, alienados por el trayecto de ideas que se nos dan en ampollas y dosificadas. Vivimos despersonalizados.

1.— El Museo de Tradiciones y Artes populares de la Región Murciana, antes Museo Etnológico de la Huerta, nace en Alcantarilla por la ilusión de un hombre que le imprime realidad vital, en 1967 (B.O./O.M. de 25 de abril de 1967). El nombre es Diego Riquelme Rodríguez, émulo de Arthur Hazelius; precisamente se escoge un lugar privilegiado, *«ningún lugar mejor que el elegido»*, se dirá por Isidoro Reverte en un trabajo de prensa de esa época. El Museo, que comprendía una zona de regadío de cerca de 4.000 m², entre la acequia mayor de Barreras, que hace la toma de la Azud moruna, artefacto solícito en indagaciones eruditas, sujeto a leyendas populares, y la acequia del Turbedal. Entorno sucinto y pintoresco que comporta carácter y dignidad de estancia para quienes sepan contemplar el paisaje, encuadrando todo un remanso de fiel huerta con aposentos señeros que muestran y dan pie para el elogio y estudio del hábitat de nuestros antepasados.

Surge con una misión docente e investigadora, destacando, como señala Aragoneses (1): *«cualidades de estirpe, excepcionalidad y armonía del paisaje local, situando en él, una serie de núcleos aislados, reconstruidos y cuidando a la vez los ya existentes»*.

Idea fundamental de custodia y estudio de lo netamente popular, de los objetos que integran la domesticación humana, toda esa fase neolítica a la que se refiere L. Munford, que está llena de ancestralismo y de unción religiosa, en la que el hombre vivía en comunidad y con personalidad auténtica, al margen del mundo de la era de urbanización sofisticada y deshumanizada en la que vivimos, con imperio del reloj midiendo ese elemento sustancial que es el tiempo, aquella otra medida que buscamos es la del reloj de arena, reloj de sol, que decora una de las paredes del Museo. Así mismo centro de ensimismamiento y contacto con un pasado no muy lejano. El Museo sirve de texto, documentación, revitalización de todo un mundo de objetos y enseres etnológicos, sacados de la raza misma de nuestra tierra, insertados en una forma de ser que es preciso respetar y conocer.

En una reglamentación confeccionada por el ilustre Mariano Ballester, hace escasamente un año, data la nueva denominación (2), que viene a confirmar la anterior, aunque derivándola por otros cauces, en extensión de nuevos aportes donde la tradición y el elemento popular de la región murciana tiene su cabida.

2.— Ya Manuel Jorge Aragoneses, en su obrita citada, hace referencia a la importancia de Murcia en un estudio etnológico, referible a la agricultura (campo), la marina y la mina. Campo amplio para cualquier exploración. Pensamos que en este momento su interés se hace más fecundo todavía, con ampliación de enseres derivativos de esos capítulos que están por investigar ampliamente, y que pueden tener encaje con pabellones dedicados a objetos etnológicos del mar y de la mina. En un principio, el Museo busca y estudia y clasifica lo referente a la zona agrícola. Es la huerta su mira singular: el hábitat huertano; su sintología, el estudio de sus atuendos, tradiciones y sistemas de riego, su derecho autonómico, como valor singular de nuestra zona, sus aspectos más acusados en el entorno de otras zonas. Todo lo que dio vida a un momento importante de la historia del pasado de la huerta, que tiende a desaparecer, desde los instrumentos básicos como medios del trabajo rural, hasta la casa, aditamentos domésticos con los que convivía, la torre huertana, como lugar de ocio de las clases más cultas, el barracón, accesorio del hogar, típico en Alcantarilla, atuendos de vestimentas, expresiones folklóricas, etc. Es decir, el estilo antiguo, que sigue, sin embargo, acuñado en el sistema de riego, conservando la «*forma antigua*», de la que habla Jaime I, y acaso algo en el habla del huertano, que sólo enfoca su dialecto en manifestaciones festivas, porque en lo demás se siguen desde primeros del presente siglo los rasgos y estilos de la civilización urbana.

Dentro de los elementos que integran el Museo se delatan tres específicamente: la casa o barraca, la Rueda, ejemplo monumental del viejo sistema de riego y el monumento al huertano.

De por sí estos elementos son suficientes para enhebrar todo un tratado en elogio de la huerta y del hombre que, de sol a sol, la trabaja, se agota con el ázadón en mano y su perfil cubierto de sudor, arrimando el hombro a su hogar, preocupado a cada instante por la situación de sus bancales, por el estado de los barbechos y, sobre todo, por las tandas de agua, que lo llevan de cabeza al pobre hombre y da rienda suelta a sus cavilaciones, para dar de bruces en el Consejo de Homes Buenos, cada jueves de la semana en el Ayuntamiento de Murcia.

El huertano, en aquella época que nos cuentan nuestros abuelos y ancianitos, estaba sumergido en una forma de vida directa con la naturaleza, habitaba la barraca, centro de sus miras selectas, lugar de descanso, del reposo diario, aunque mirando al exterior, teniendo la puerta abierta de par en par. Era la barraca, sitio de intimidad en comunidad constante, en preocupación constante, como hogar, cobijo para la familia, bajo un techo íntimo (famul-techo).

Construcción rural típica, pergeñada con los elementos de la tierra, atobas (barro amasado con paja y secado al sol), de texteros, o mixta, dispuestos con el arte para la cimentación de los muros, hasta llegar a la fachada, con lomera donde se colocaba una cruz. Todo se hacía con amor, con los brazos de los amantes futuros esposos, cada trozo de barro moldeado, cada **manteo con paja o sisca**, se trataba con singular y delicado respeto, formaba parte de su misma vida, era parte integrante de su dedicación, del que se servía para su propio patrimonio. Todo en el interior de la barraca, pervivencia del hogar, estaba cargado de trozos de la tierra, se utilizan la madera de las moreras y de civarones (tronco de girasol), o de chopo, y las ventanas y los muebles retenían el sabor del árbol querido. Todo quedaba apiñado allí, el amor y la misma naturaleza que acogía al huertano (3). En la barraca vivía, se amoldaba en el perenne rigor del clima, también se cargaba de una responsabilidad que le iba prestando la misma naturaleza y sus relieves orográficos, en razón de graves sequías y de las no menos fecundas y dramáticas inundaciones.

Comprendía dos pequeñas estancias. En la primera se delata los dos aspectos más importantes de la casa del huertano: el tinajero y el fogón «foguerín» (en el Barracón). El agua y el fuego, como presintiendo el ancestro del primitivo hombre.

El fuego, símbolo de acogimiento, primitivo siempre, cavernario, retomando esencias espirituales junto con el sacrificio. El fuego constituyó base de la domesticación del hombre, estableciendo un «fogón fijo dentro de una guarida verdadera» (L. Munford). Y el huertano lo forma allí, pero sin abrir chimenea, pues le gusta que ennegrezca las paredes, oler el humo desde dentro y dejarlo salir por la puerta, siempre abierta. Porque la barraca forma parte constitutiva de la misma tierra, se eleva, pero permanece sobre ella, clavada en su espacio, construida a «*menos de 12 varas de la distancia del linde...*», por el huertano, propietario como mínimo de 6 tahúllas (4), como rezan los usos en esta materia.

El tinajero es el otro elemento, acaso la pieza más entrañable, más pintoresca, más bella de la casa del huertano de todos los tiempos, el tinajero con sus soportes de tiestos dedicados al agua, vasijas que se acomodan desde sus ventrudos cristales soplados a formas estéticas, rústicas y garbosas, donde brota el agua y sus aditamentos, en las lejas y entredós, en los zaferos que nos remontan a vivencias de nuestros antepasados, en ese tinglado diario de la vida doméstica.

Así lo recoge la voz del huertano, se expresa en la pluma del novelista que ilustra lo dicho. Son palabras de Jara Carrillo: «*El tinajero, lo más cuidado en las casas de la huerta*».

O bien, desde las páginas de las Caracolas: «*En el quicio del arco que divide todas las casas huertanas y lugareñas, remata el pintoresco tinajero una zafa de barro blanco sostenida en un círculo de hierro clavado en la pared, de la que pende una limpia tohalla (toballa) de rizados flecos, con grandes letras iniciales del nombre y apellidos de la dueña de la casa*».

En otra ocasión son las jarras las que aparecen entre líneas, símbolo del goce del agua recogida; refiriéndose al jarrero, pues había: «*cuatro hermosos jarros húmedos y goteantes, cuya agua cristalina rezuma por los poros del barro verdoso, y limpio como cálices de altar*».

Nada más bello en metáfora literaria, como la alusión al cáliz del altar para los jarros con el agua cristalina, nada más sutil ni delicado, en el haz de remanso de vidrio soportando el líquido elemento, base de la vida. Y aún en la Pascua, se remataba el tinajero con adornos florales, ramas de naranjos y limoneros, olor de azahar. Hasta el punto que convocan con su estallido a las miradas de quienes lo contemplan, pues: «*desde lo alto de aquella leja, están gritando a quienes los contemplan la **ubérrima fecundidad de la huerta***».

Allí está el tinajero, en rincón de la barraca, las cinco o siete tinajas pintadas que da gusto verlas, los cocios junto a ellos, y la huertana ha colocado sobre aquellas panzudas tinajas que recuerdan la panza del «*nazareno colorao*», las tapaderas y sobrecubiertas hechas a ganchillo, porque ella, la moza, las lleva en el ajuar, dentro del arca de sus amores.

También cabe verse los enseres domésticos imprescindibles y que suena a pura dialectología, que se enmarca a su vez en los arabismos de los que privan en nuestra habla murciana, como la artesa, la cernera o caballete para menear el cedazo en la artesa (G. Soriano), la tabla del pan, el tendío y la rosqueta. O aparece todo el significado de la alacena con sus vasares (crecenteras, chicharroneras, alcuzas...). A su vez, el cucharero, la espetera y todos los muebles, con sillas de morera: «*Las sillas de recia madera de morera, mostraban sus respaldos relucientes, bruñidos por el tiempo y por el uso, como si fueran de caoba...*» (Las Caracolas...) (5).

Todo un conjunto casero, típico, envolvente, sugestivo, desde las tinajas siempre cuidadas y pintadas, con sus cetras pendiendo de ellas, hasta los jarros y fuentes con sus dioramas graciosos y representando formas de aves y flores de la cerámica precisa y original lorqueña, todo ese mundo entrañable que acogía a los novios, precisamente junto al tinajero, en que solían pelar la pava.

En la otra zona quedaba el «*tablao*», el catre de tijera y el arca, que es como la exhumación del pasado arcaico, donde la moza, la huertanica, metía en él su ajuar, o lo que significa su amor entero en la entrega al labriego, para retener la esencia de su familia, y así en el viejo arcón estaban sus vestidos más adecuados, desde el Armaor, hasta el refajo largo, y hasta el emblema de San Blas, y la stampa de la Fuensanta o de San Cayetano, y a veces, en la barraca se construía una zona alta para la cría del gusano de seda (busano de la sea), cuya industria huertana ha ido desapareciendo paulatinamente, por desgracia, conociendo en la actualidad una de hijuela para cañas de pescar, que antes radicaba en la Casa del Francés... Al exterior se daba con el voladero de la pollera en la que se sujetaba la cántara, aguaderas de esparto, cachimbas, calabazas y otros enseres de rústicas presencias. Ahora ha desaparecido la barraca, pero aún, en las viejas mansiones huertanas observo con inusitada alegría la colocación de enseres y mobiliario muy adecuado y usual, tanto en el interior como en el exterior, más aún, en las pedanías que integran la huerta más alejada, menos lindando con la ciudad, donde el urbanismo acuña su estilo en viviendas modernas y funcionales, a tal me refiero en la Vega Alta y Baja, aledaños de la Azud y el Raal. (6)

A su compás quedaba la barraqueta con su pesebre, gallinero y cuadra de una pieza, que en Alcantarilla se convierte en barracón (7), como aledaño típico de vivienda, con sus características dignas de estudio, («foguerin», tinajero, etc.), amén del típico pozo, horno de pan cocer, de base cilíndrica y cámara semiesférica, que en la actualidad casi no abundan o muy deteriorados, aún se conservan por la pedanía de Santa Cruz y el Raal en abundancia (8)...

La huerta retiene un cúmulo de aspectos, de costumbres, de usos, de material digno de estudio etnológico, al igual que en sus zonas relacionadas con el campo, donde la vivienda sigue una secuencia de relación con la tierra, en sentido rústico, y que en el campo de Cartagena adquiere dimensión con la presencia del molino de viento, en su distinta clase de destinos, salineros, de harina y de agua (9), efigie que va desapareciendo paulatinamente...

La huerta es sonido de tiempo pasado, de caracola junto a los quijeros para convocar algún juntamento viejo y nuevo, porque la huerta es presencia agrícola confabulada por los usos en materia de riegos que vienen de los musulmanes, y hasta el punto que su Derecho Hidráulico ha sido básico y ejemplar, formando parte de su documentación formidable. **La Rueda** delata el tinglado de esa forma costumbrista de recoger el agua y elevarla, para encauzar nuevos surcos en riegos menudos y básicos, conjuntando cauces en quiebros y requiebros tomando el agua de la Azud de la Contraparada y encauzándola a través de las dos acequias mayores: Aljufía y Barreras, a otras menores, a los azarbes y azarbones, pasando a los meranchos, hasta la Vega Baja, apiñando todo el mosaico de bancales y senderos, de heredades y vecindades que denotan y dan sentido a un afán de comunidad autonómica, que data de los tiempos milenarios.

Pues en verdad, que la huerta se rige por el derecho musulmán, plasmado en la frase de Malek (10), al decir que: *«las aguas corrientes son públicas y su único dueño es Dios...»*; *«las aguas de acequias que sean propiedad común de varios, deben ser divididas entre estos por cantidad o por tiempo»*. (Jalil)

Las aguas por tanto eran colectivas, iban de una tribu a otra (beni...), pasando posteriormente a ser individual, aunque el monarca cristiano sigue la costumbre «antiga», de comunalidad.

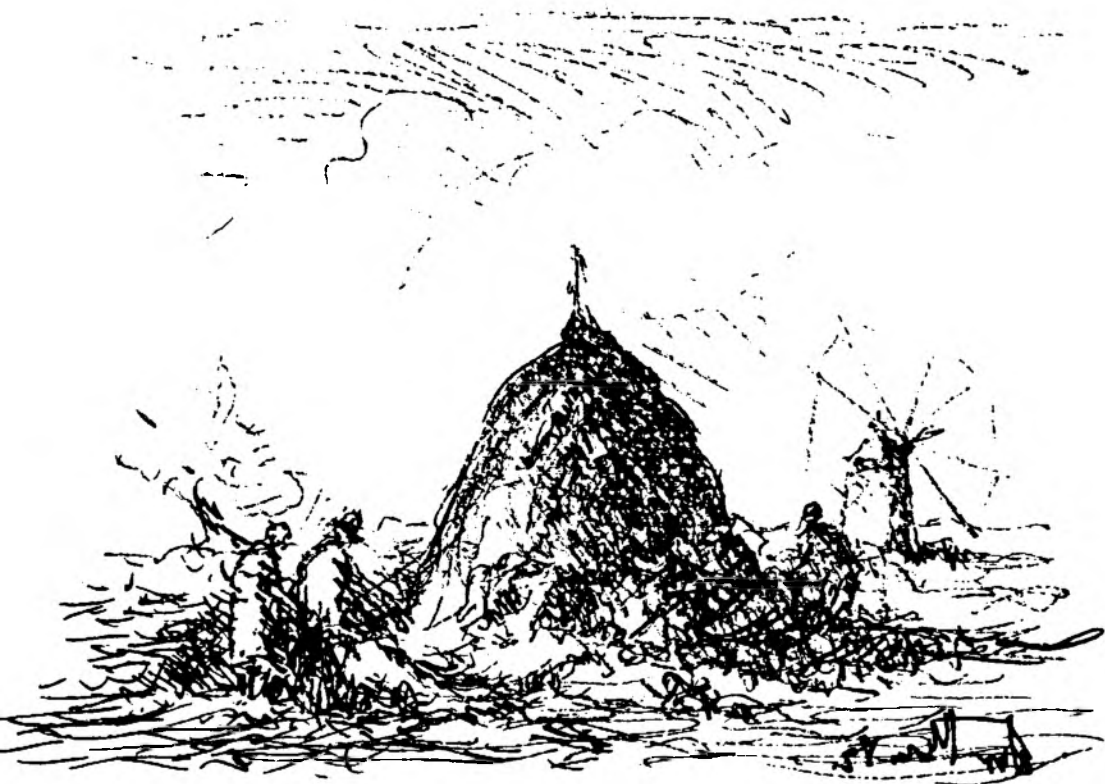
Fueron los árabes quienes ordenan el sistema hidráulico de la huerta, basado en los principios de que el agua es colectiva, debe utilizarse en la parte correspondiente, y se ha de dejar correr la sobrante... De esta época data la presa de la Contraparada, o de Alcantarilla, sometida a leyendas populares y eruditas, cuyo nacimiento hay que encajarlo seriamente entre los años de 961-967, asentándose: *«en la larga paz que mantuvo el rey Alhaken...»*, en cuyo momento: *«se fomentó la agricultura en todas las provincias de la patria; se labraron acequias de riego en las vegas de Granada, de Murcia, de Valencia y Aragón...»*, cual nos indican los comentarios de Conde, estudioso del árabe, y recoge Díaz Cassou. Por lo que los más eminentes caballeros cultivan sus huertos, los cadíes y alfaquíes, dejan las armas y toman el arado... La Azud tiene su desenvolvimiento en avatares históricos, desaparece en 1243, en 1329 se rompe de nuevo al reconstruirla, al igual en 1373, en 1497 se vuelve a reconstruir, de cal y canto, pues ya Cascales hace referencia a: *«una grande pieza de cal y canto, la mayor y más costosa que hay en España...»*.

Se vuelve a destruir con la riada de San Calixto, y comienza a repararse de nuevo, pero ya con seriedad impuesta por ingenieros, como Melchor de Luzón y Toribio Martínez de la Vega, datando su último aditamento de 1737.

De la Rueda de Alcantarilla, tenemos datos de que existe en el siglo XV. se trata de una rueda giratorio y elevadora de agua, como las que los árabes denominaban dawlav y sanya (Torres Balbás), cuyo origen queda aún en la duda, aunque son ya interesantes los estudios al respecto (11), entendiendo nosotros que fueron los árabes quienes introducen estos rústicos tinglados, artefactos modestos, de los egipcios siriacos.

Madoz, citado por Jorge Aragoneses, la acuña en su diccionario, la relata con sus 56 cangilones (cajones), para regar unas 696 tahúllas: 588 en el término de Alcantarilla y 108 en Nonduermas (12).

Sabido es que las primitivas ruedas eran de madera, construidas por carpinteros de Alcantarilla, un tal Salvador Ortiz Arnaldos, por el año de 1890, y por Pepe Jesús Ortiz en época de Isabel II. Posteriormente pasa a las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, pues la Rueda, según documentos encontrados por nosotros, se vende a censo perpetuo, posteriormente al Heredamiento de la misma, en fecha de 29 de abril de 1850, siendo administrador de las Pías Fundaciones D. Vicente Ochando. De este documento se constata la propiedad de la noria al heredamiento citado: «*por medio de cuyo artefacto se fertilizan las tierras de aquella huerta...*». Se vende por mil reales en cada año, siendo de cuenta de la Pía Fundación la composición y su arreglo (12).



Aceñas de menor cuantía, típicas y enredadas en sus labores típicas, habían por cauces de acequias mayores, como el de la acequia de Churra la Nueva (13), se advertían cercanas a la Rueda, patrimonio de hacendados de la huerta, y documento tenemos por el que en el 20 de agosto de 1841, se vende por juro de heredad una aceña, tal se hace por venta de D. José López Cayuela y D. Salvador del Castilla con arreglo a las leyes del Fuero Real, a D. Diego Moreno de esta población: *«La ceña con su obra, círculo para su andador, cuyo diámetro es de 72 palmos, paso de agua, para el riego de las tierras de los Moreno y entrada por dicha ceña, su cabida de todo, dos ochavas y una braza; marcado su perímetro, conque todo se halla situado en la huerta de esta villa, pago del rincón de La Ñora y linda por levante acequia mayor; mediodía los otorgantes y en parte doña Josefa Castillo, poniente el comprador, camino que va a Los Arcos, de por medio y norte los mismos otorgantes, que hubo la doña Salvadora otorgante por muerte de su padre D. José Castillo y se les adjudicó la tierra en la partición»* extrajudicial y amigable que se celebró de sus bienes y la Ceña la construyó el otorgante a virtud de la correspondiente licencia que obtuvo por ello, del Sr. Corregidor de la ciudad de Murcia, como Juez privativo de las aguas de la huerta en el año pasado de 1819. Y se la venderá con todas sus entradas y salidas, usos y costumbres cuantos tiene y lo practican de hecho y de derecho, por franca y libre de todo censo, gravamen... y precio el artefacto y su obra de tres mil reales, y la tierra que ocupa este y el paso de agua para la tierra del comprador, de quinientos siete reales, veinte y ocho marevedíes, a razón de mil reales la tahúlla... Que ambas partidas componen la cantidad de 3.507 reales y siete maravedíes que reciben en moneda de oro y plata. Y es condición expresa que 6 tahúllas incluido huerto de árboles frutales, que posean los otorgantes contiguos a la referida Ceña, de donde tiene su riego, han de regarse de cota en los días de lunes de cada semana, y si no concluyera el riego en él, continúe el riego en tiempo que necesite, excluidos los otorgantes de abonar cantidad.

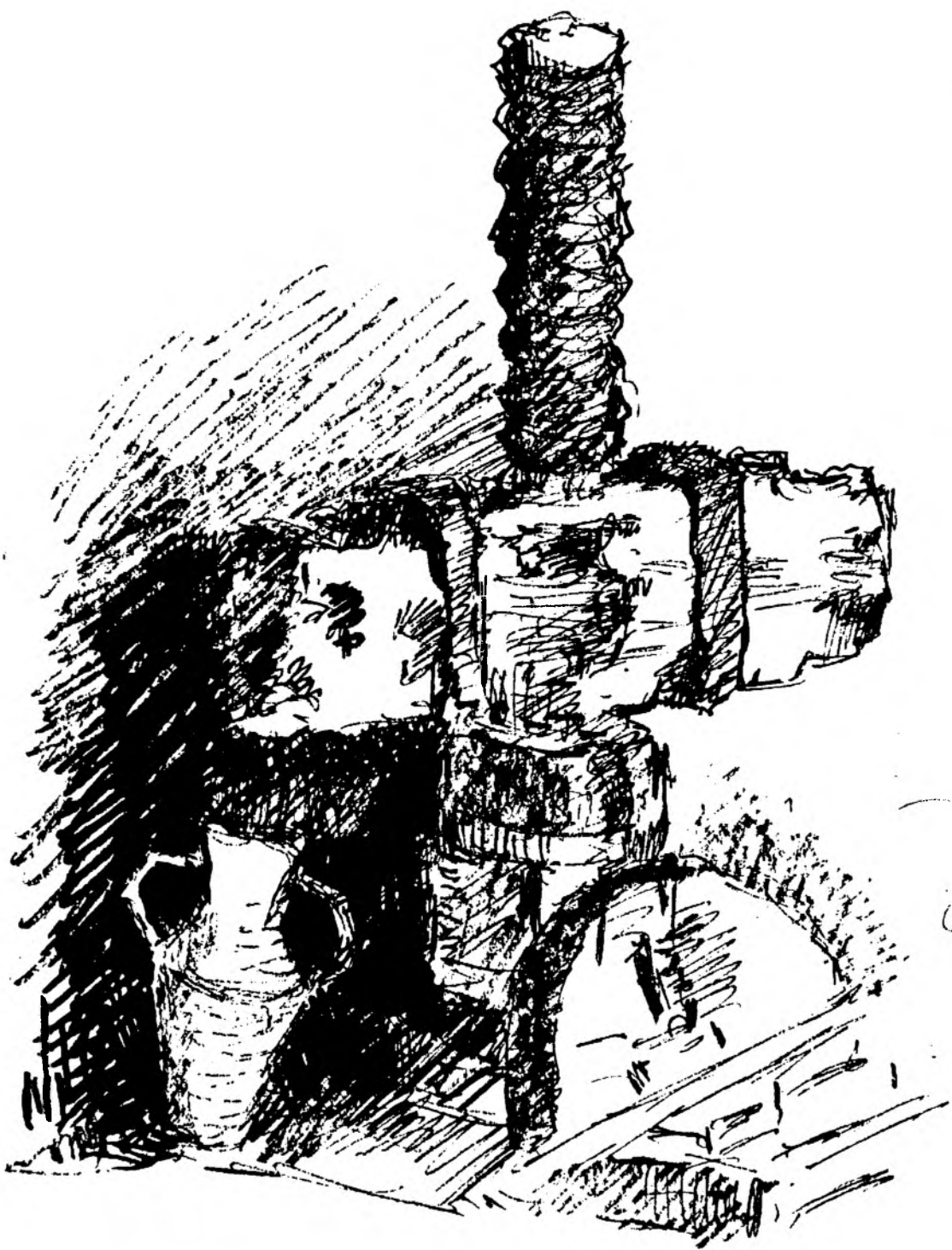
Se estipula que han de hacer una argolla para que los otorgantes, cuando lo tengan por conveniente, puedan pasar el agua de la Aceña de los **Belmúdez, a que también tienen derecho. Y también han de conservarse dos moreras alrededor de dicha aceña...**

Todo el derecho planteado por los musulmanes viene a respetarse posteriormente por los monarcas cristianos, como se advierte de privilegios otorgados por:

Alfonso X, en el repartimiento de las aguas entre moros y cristianos. D. Sancho. Alfonso XI, el 4 de junio de 1388, sobre sobreacequeros. Enrique II (1407), «conforme a usos y costumbres» .. D. Juan I (1417). D. Juan II (1420). D. Enrique IV (1445).

Los Reyes Católicos confirman todos los anteriores. Y después, Felipe II en 1573. Felipe III, 1601. Felipe IV en 1702. Asimismo la Jurisprudencia del T.S. el 11 de Marzo de 1874. Rigiendo los usos y costumbres junto con la intervención del concejo murciano, a través del Juez Conservador.

Existían cargos para el ordenamiento del agua: Sobreacequeros, que conjugaban sus reuniones en el porche de Santa Catalina; los cequeros, a las órdenes de los anteriores. Entandadores o repartidores y Cogedores del acequiaje. Los entancadores **medían las tandas en relojes de arena y en «ciertas vasijas de metal» flotante en las acequias y agujeros, de modo, que cada tiempo, al llenarse se iban al fondo de la acequia.**



Con el tiempo se reforman las instituciones huertanas y se comienzan a copilar en libros sus usos normativos; con el Libro de Agua del siglo XIV, que ha desaparecido, se forman unas ordenanzas huertanas en el siglo XV, después en los siglos XVI y XVII y XVIII, tomando carta de naturaleza en el siglo XIX, para encauzarse en las Ordenanzas de 1849, durante la época del Alcalde Marín Baldo y finalmente en las más modernas de 1889, donde se recogen las instituciones típicas: Juntamentos y Consejo de Hombres Buenos, con analogías al Tribunal de las Aguas de Valencia, aunque con peculiaridades propias, ya que si el de Valencia falla los asuntos sin apelación posible, el de Murcia cabe apelación por motivos de injusticia notoria o nulidad, ante el Ayuntamiento a los tres días siguientes.

Usos y costumbres en materia de riegos que sintonizan con el pasado huertano, con el afán de comunidad vecinal y labradora, donde el labriego lo hace todo según los buenos usos del colono, sincronizando el carácter del árabe y del cristiano, su sonido de caracola sobre los viejos quijeros de acequias. Como dice Díaz Cassou: *«La organización de la huerta puede servir de modelo a los demás regadíos: en ninguno, que sepamos, es más perfecta y a casi todos puede adaptarse. No ha sido obstáculo para que esta organización funciones en muy diferentes épocas políticas, su espíritu democrático, y es admirable observar que existe la comuna agrícola del regadío murciano, con independencia de la comuna municipal, desde los tiempos de la reconquista, en que más bien que empezar, continúa este orden de cosas creado por los moros, y, lo que es más admirable, opuesto al modo de ser de las sociedades musulmanas y al espíritu que informa todas sus instituciones».*

Hay en la huerta tradiciones en su amplio sentido folklórico: juegos, ademanes y expresiones populares, en su dimensión trovera y musical, con encaje en diversos momentos del calendario, que aún tienen su plasmación eficaz.

En materia de juegos, ya en un documento del siglo XVI, se hace referencia al de los Bolos, que da incluso testimonio a calles murcianas, y que en el siglo XIX adquiere preponderancia suma, recogido en el aditamento costumbrista (14), aunque a su vez se mantienen muchos otros de menor cuantía, como el de la bresca, el caliche, la malilla, los añicos, manos calientes, el **«sacar los años»** que se hacía en Alcántarilla rondando el fin de año, amén de la serie de tradiciones huertanas que ya se van menospreciando por el paso del tiempo, como las que daban cita a los familiares en las clásicas noches de San Juan, que ya el mismo Jara Carrillo afirma que: *«nada hay comparable a la belleza de la Vega en la víspera de San Juan... , en que los hogares agigantan sus lumbreadas, amontonando haces combustibles, como si pretendieran llegar con lenguas de sus llamas hasta tocar los cielos...»* Es el embrujo del fuego que alimenta, tiene su testimonio en esta tierra, que se apodera de lo entrañable y de las viejas vivencias.

Precisamente al contacto con las doce campanadas, cuando la huerta se llenaba de extraños aquelarres, entra en juego el rito, la liturgia que en tal noche decantaba palabras que vibraban en el entorno familiar y vecinal: «*LAS DOCE DAN; TOCA MOCA; RACA SACA, PARA BIEN O PARA MAL, DIME LO QUE VENDRA*». Es como una cita arcaica de brujería pertinente. Y junto a la noche, las ceremonias auguradas: entre ellas estaba cortar doce pedazos de cebolla, colocándolos en fila, sobre ellos, granos de sal. Estos doce cascotes de cebolla, decían al día siguiente al labrador cual será el año próximo, así como los meses de lluvia y de sequía, según en los que apareciera disueltos los granos de sal o bien quedaran insolubles.

Las mozas cortan flores de alcachofas con sus pétalos morados y hojas punzantes, las meten en aceite de los candiles y queman la flor. Las flores ennegrecidas son colocadas a punto de las doce en frascos tinajeros, adonde irán al otro día a contemplar si han vuelto a verdear sus pétalos, pues amores tendrán si los pétalos se mostraban lozanos y estarán desoladas en caso contrario.

En vasos transparentes rompen los huevos frescos, para que se transformen al día siguiente en figuras extrañas y caprichosas, y a su través se contemplaran vírgenes deliciosas, acaso un barco fantasmagórico. Es la ilusión y la capacidad de soñar la que se pone en lance de recreación.

Para el labrador, el agua que corre a las doce de la noche de San Juan, es agua bendita, y las mozas van a lavarse en las acequias al toque de las doce campanadas...

Hacia San Juan trilla el huertano y comienza el verano:

*«Hacia San Juan de junio
trilla el huertano.
y en el tiempo de la trilla
se asan los pajaros...»*

Ya anteriormente, han pasado otras festividades, que en la huerta se adornaban con pequeños detalles de lozanas secuencias, cuando desde Enero y Febrero se despabilan los señalados días con el atrujeo característico, para llegar a la fiesta de San Blas, el santo de Sebaste, machacado por orden de Adricolao; la huerta lo venera y los mozos en tal día le daban a la novia el clásico pañuelo, por aquello de:

*«Aunque ahora no se estila,
como enantes se estilaba,
lo de llevar los zagales
el pañuelo a las zagalas
los días de San Antón,
San Blas y la Candelaria...»*

O si no, en las fiestas de San Cayetano, cuya efigie siempre quedaba llenando la estancia de la barraca, en el segundo cuarto, donde se juntaba el arcón con los refajos y zaragüelles:

*«Valen más los zaragüelles
de los mozos de la güerta...
que todos los lechuguinos
que pasean por la Glorieta...»*

Y se mostraba la juerga en torno a Monteagudo, arrejuntándose los mozos y mozas en los carros, con sillas de esparto y morera, y bailando, y dando cabida al trovo, porque como dice el poeta: *«No faltó tampoco el artista «cantaor» huertano con sus trovos improvisados y galantes y obsequiosos».*

AGRO7

En llegando el mes de abril, de nuevo silba el aroma de la canción, enredando soportes de nostalgias y alegrías. Entran en juego los Mayo, precisamente también al filo de las doce campanadas:

*«Estamos a treinta
de abril cumplido,
alegrarse damas
que mayo ha venido...»*

La primavera luce su flora en los cangilones de ruedas milenarias, en la belleza de la botánica barroca, cantada por Polo de Medina, en (otra ocasión os hablaré de la poesía barroca murciana), se empavonan los bancales con el azahar. Todo vibra. Estamos en Murcia, que es un paraíso cantado por el musulmán, anotado por Ciro Bayo, recreado por Vicente Medina. Es cuando la fiesta roza las esquinas urbanas. Es la pasión y primavera en los quicios de las estancias. Bando de la Huerta con la perraneidad dislocada del panocho, que es primicia huertana, de una Murcia, de unos escritores que Cassou llamó «civitatenses», que *«remedaron las costumbres y el habla rústica...»* Se crea el panocho... *«que es un huertano grotesco, si no payaso, y el panochismo, lenguaje convencional en que se desfiguran, a veces, las auténticas palabras dialectales, y hasta se las inventa, con el inocente propósito de hacer gracia...»* (J. García Soriano) (15).

Pero casi todo se va perdiendo, aquellas barracas de las que tan sólo el recuerdo queda en ocasiones, los barracones y pesebres, los hornos de pan cocer, porque... *«las viviendas huertanas,... las sencillas casas de adobe que han ido, poco a poco, sustituyendo a las barracas tradicionales, ya casi desaparecidas de la huerta»* (lo decía Jara Carrillo...)

Y al igual sus tradiciones, donde lo rústico e inocente salpicaba el variopinto terruño del hábitat huertano, muchas de cuyas costumbres de mundo mágico y de brujería, como el *«hacer la cruz con los dedos...»* las mujeres, o el *«mal de ojo...»*, que existen en determinados pueblos y aldeas, reflejan lo ancestral y populachero, pero no lo cultista, como también las expresiones ajustadas al tiempo de Carnaval, en que antaño, las gentes del lugar cercano a los pueblos se vestían de comparsas, salían tocando el tambor, con diversidad de fines, que parece ser que en la actualidad se están de nuevo proliferando (16).

En resumidas cuentas, aquellas tradiciones y costumbres, tanto rústicas como cultistas de nuestra huerta, han venido a parar al arca de los recuerdos, aquellas maneras festivas y rutinarias con las que el huertano vivía, aquellos juegos como el del Santo Macarro, con las clásicas estrofas: *«Así me libre de ti como del diablo»*, aquella fiesta de la Berbaja, que se hacía en el día de los Santos Inocentes, que sólo queda en la memoria de nuestros mayores; todo ha pasado a mejor vida. Pero queda el huertano, se mantiene la huerta, aunque cada vez más empequeñecida por el fenómeno urbanístico. Se incrusta en el Museo el Monumento al huertano, pieza de singular relieve y que le otorga dignidad y sentido.

Porque el huertano, vestido con zaraguelles vale más que los lechuguinos que pasean por la Glorieta; el huertano de pura cepa, que pasa su vida sometido a los vaivenes del tiempo. El huertano, que sabe mirar el cielo desde el alba para ver si llueve, si la sequía persiste, si el rocío de la mañana invade su cosecha. El huertano, que siembra alfalfa en el mes de septiembre en barbecho, que utiliza cargas de estiércol, que pone alfalfa en rastrojo de pimiento, que hace monda cuando sale el día de San Juan «*en que se suele cumplir el año de arriendo*» (Art. 24) O.H.) El que escarda moreras en oliveras. El que trabaja a «*uso y costumbre de buen colono*» (art.31) que paga el rento. Que otea los avenamientos o escurrimbres de las acequias. Que espera con ansiedad la tanda de agua. Que utiliza la aceña, arte o noria. El huertano que siente cómo nace la flora al son de su trabajo. De sol a sol se quema y se encorva con la moreras y sus utensilios diarios.

Este es el mensaje del Museo, recinto para auscultar el alma de la huerta, para recordar, remedar, añorar. Tal el mensaje que os quiero dar esta tarde de exaltación huertana, para honra del huertano y deleite de aquellos momentos felices, simbolizado en los perfiles líricos y horacianos, que evocan la vida de nuestros antepasados, reflejada en la voz de Polo de Medina:

*«Exento de cuidados burladores,
pesadumbres con títulos de honores
y sin afán, que cansa a los mortales
todas las horas vivirás iguales,
y en soledad, que es toda compañía,
desde que nace vivirás el día...»*

Febrero de 1982

NOTAS

- (1) **Guía del Museo de la Huerta.** 1968.
- (2) Particularmente me sigue interesando más la antigua denominación de Museo Etnológico de la Huerta, radicante en Alcantarilla, pero que al cubrir el nuevo sentido, decanta ya un criterio de tutela por parte del órgano provincial, de la Diputación, de quien recibe ayuda económica interesante y ¡Ojalá que siga por este camino, para bien del Museo y de Murcia!
- (3) Para un mayor detalle de la barraca en cuanto a dimensiones y materiales empleados, ver la Guía indicada y su bibliografía marginal.
- (4) Como dice Díaz Cassou, erudito magnífico y estudioso de la huerta en sus mínimos detalles, la prohibición de construir barracas data de un R.P. de Felipe V, de 29 de agosto de 1716, que viene a confirmar acuerdo municipal de 18 de enero del mismo año, prohibiéndose que se construyeran barracas por propietarios que no tuvieran 12 tahúllas por lo menos. En 1849 se dejan en seis tahúllas.
- (5) Era tradición y costumbre, cual nos lo pintan los artistas costumbristas, que existían de ocho a diez sillas, en las que sólo se sentaban los varones a la hora de la comida y las mujeres lo hacían de pie o sentadas sobre el arca.
- (6) **El huertano de Murcia.** Luis Alarcón y Fernández Trujillo se refieren a las costumbres del huertano allende el pasado siglo, con alusiones a festejos de San Cayetano en Monteagudo y otras cosas...
- (7) Nosotros hemos contabilizado unos catorce barracones en torno a la huerta de Alcantarilla, con los siguientes nombres: de Perico «Guindilla», de la Tía Francesa, Villa Lorente, de la Tía Juana, de Perico «Roncalli», Villa Rosa y aledaños, menudos y deteriorados, Cruz de la Barraca, con su típico «Pesebre», en buen estado, de Antonio «El Olivares», etc.
«El Barracón, vivienda accesoria del huertano de Alcantarilla». Saura Mira.
- (8) Vid. mis artículos: **«Por los surcos de la huerta desconocida...»** (Diario Línea. 1981-82).
- (9) **Molinos de viento del campo de Cartagena.** Lucía Gómez- María Elena Montaner-Juana Pellicer. (CUADERNOS POPULARES 2 Serie técnica)
- 10) La materia de riegos y costumbres huertanas es muy interesante y abundante en literatura, baste citar las siguientes obras: **«Ordenanzas y costumbres de la huerta de Murcia»**, introducción de D. Joaquín Cerdá Ruiz Funes, quien da una larga relación de obras relacionadas con la materia, que no es conclusa, dada la categoría de su estudio rigurosa.

- (11) **La noria cartagenera.** J.R. del Toro (La Verdad 5-12-1976).
Apuntes para una postal cartagenera. Asensio Sáez. (Línea 17-3-78)
«Norias, azudas y aceñas» Caro Baroja. (R.D. y TP. 1954).
Aceñas y Norias. M.E. Muntaner. 1981.
«Guía de Museo». Jorge Aragoneses.
- (12) **Usos en materia de riego y en especial el Heredamiento de la Rueda de Alcantarilla** Saura Mira. B. In. A Al. 1978)
- (13) Se citan las Ceñas de Fonte, de Cortina, de Braco, de Dominicos, de Echevarría, Larache, de Rubio, de Baquerín, entre otras.
- (14) Estamos investigando sobre estos juegos, recogiénolos de viva voz por los viejecitos huertanos, aquellos que insuflan y componen parte del testimonio de nuestros antepasados.
- (15) **Vocabulario del dialecto murciano.**
- (16) He oído de boca de alguna viejecita la cancioncilla que tales comparsas carnavalescas sacaban de voz en voz, cual aquella que los carnavales procedentes de la Puebla, vestidos un grupo con aditamentos y trajes colorísticos, caras tapadas, con tambores cantaban aquello de:
- El que toca el bombo
es un sinvergüenza,
porque le ha dicho a su novia
que le agarre la trenza...*
- y a mi no me gusta
picar en el mortero,
por eso, me he asociado
al club de los solteros.*

O bien aquella que decía:

*Tienen el cuerpo derecho
y el culo como una torva
y le parecen al tren
haciendo la maniobra...*

Claro, no eran tales pareados muy buenos, que digamos, pero en honor a la veracidad de su costumbrismo lo traemos a colación.